

El año decisivo

PEDRO LAÍN ENTRALGO

En junio de 1965 José Luis Aranguren cumplió cincuenta y seis años. Llegaba a la plenitud de la edad que en tiempos pasados llamaron «consistente» y al término de la etapa biográfica del *homo viator* que Dante consideraba *il mezzo del cammin*. En enero de ese mismo año había firmado la Introducción al volumen *Obras*, publicado poco más tarde por Editorial Plenitud. Y en el subsiguiente agosto aparecía en el *BOE* el fallo del expediente académico que se le había incoado por su presencia a la cabeza de una pacífica manifestación estudiantil, fallo en cuya virtud quedaba definitivamente separado de la docencia universitaria. Dígase si no está plenamente justificado el hecho de considerar «año decisivo» en la vida de Aranguren este de 1965. Aunque en enero, cuando escribía la Introducción a sus *Obras*, estuviera tan lejos de sospecharlo.

«¿Qué es la madurez vital?» —me preguntaba yo hace años—. Ésta fue mi respuesta: «Desde un punto de vista psicosomático, el estado biológico que en esa edad presentan el cuerpo en su conjunto, sus distintos aparatos y sistemas y las diferentes facultades anímicas. Y desde el punto de vista biográfico o existencial, una situación de la vida humana consistente en haber descubierto que algo o mucho de lo que uno podía ser ya no podrá serlo nunca, en saber que mañana ya no podrá uno comenzar a vivir de nuevo, en sentir, sin necesidad de pensar en ello, que la muerte pueda llegar para uno en cualquier momento y —como contrapartida— en poseer más profunda, consciente y degustadoramente aquello que uno todavía puede ser o que todavía está siendo.»

Releído ese texto a la luz de lo que en 1965 era y más tarde iba a ser la vida de José Luis Aranguren, necesariamente habría que matizar alguna de sus tesis. En el examen entre confesional y autocrítico que en la Introducción a sus *Obras* hace de su producción intelectual y literaria, desde su *La filosofía de Eugenio D'Ors* hasta la que llama «la última fase de mi pensamiento» —en la cual, precisa, «mis interlocutores dejan de ser el protestantismo y la filosofía de la existencia y comienzan a serlo el marxismo y el neopositivismo; el interés por los temas ético-sociales, sociológicos y de ciencia política se convierte para mí en central»—, Aranguren, acorde con la vieja sentencia latina, declara no ser ya «lo mismo» que veinte años antes, pero que bajo ese cambio sigue siendo «el mismo». Ahora bien: esa expresa apertura hacia la posible novedad futura y, por tanto, esa radical imprevisibilidad de lo que él y su vida serán en lo sucesivo —«nadie, ni yo mismo, puede prever qué nuevos rumbos tomará mi biografía», añade. sin sospechar hasta qué punto este juicio iba a ser con-

firmado por el destino— no excluyen la conciencia de haber realizado las dos máximas hazañas intelectuales de su vida: la introducción en España de una estimación positiva, no meramente polémica, de la aportación del protestantismo a la religiosidad cristiana y, copiaré sus propias palabras, la publicación «del único tratado de filosofía moral escrito en España con lenguaje e información filosófica modernos».

Mil novecientos sesenta y cinco, año decisivo en la biografía de Aranguren. A partir de él, principalmente por obra de la etapa californiana de su docencia, su «no ser lo mismo» adquirirá una intensidad muy superior a la del que le había llevado de ser alumno modelo de un colegio jesuítico de comienzos de siglo a encabezar una manifestación de estudiantes que frente a la Dictadura exigía, ahí es nada, libertad.

A mi modo de ver, el Aranguren que seguía siendo «el mismo» desde su separación de la cátedra hasta su muerte —el que varias veces se llamará a sí mismo «cristiano heterodoxo», el hombre que mirándose a la luz de su libro *Crítica y meditación* ve en él, ante todo, una constante inclinación a «la benevolencia y la afectuosa disponibilidad»— no era, sin embargo, «lo mismo», porque su circunstancia le había puesto en el trance de cumplir más radicalmente el rasgo de su persona más decisivo en la sucesiva edificación de su vida: la conquista íntima y social de su personal libertad. Penúltimo hito de ese proceso fue la juvenilización consecutiva a su docencia en California, «el período californiano de mi padre», dirá de ella su hijo Eduardo, y último y definitivo, tras su regreso a España y la recepción de los homenajes que por su reciente pasado merecía, la serena e insobornable actitud crítica con que una y otra vez supo situarse ante las vicisitudes de su entorno español. «*Nulla aethetica sine ethica*», dijo a raíz de la sentencia académica contra Aranguren el noble José María Valverde. «*Nulla ethica sine praxi*», pudo decir de sí mismo, hasta su muerte, el juvenilizado en California.

Desde Kant, por lo menos, se viene diciendo que el ejercicio cabal de la libertad exige de ésta el atenuamiento a un «de» y a un «para»: libertad respecto de lo que exterior e interiormente le impide o le dificulta, libertad para alcanzar un fin intelectual, estética o éticamente valioso. Así veo yo la libertad íntima y social que a lo largo de su vida fue conquistando el inconformista, lúdico, mordaz en ocasiones y últimamente bondadoso Aranguren. Libertad de y para: un resuelto «de» que explícita o implícitamente llevaba en su seno, allende toda apariencia ácrata, un profundo «para», consistente, a la postre, en el bien intelectual y moral del mundo a que como persona perteneció. Muy especialmente, a partir del año decisivo que el de 1965 fue para él.